



Editorial



Hna. Gloria Liliana Franco Echeverri, ODN
Presidenta de la CLAR

Cuando nos acercamos al “otro”, cualquiera que sea, somos, como lo señala Gabriel García Márquez, en su libro *Cien años de Soledad*: “curiosos asomados al precipicio de la incertidumbre”.

Toda persona, todo territorio, es tierra sagrada, posibilidad, tesoro, pero es también enigma indescifrable, parcela virgen imposible de delimitar y calcular. Pertenecemos al mismo género humano y sin embargo, no alcanzamos a comprender el misterio que nos habita. Somos distintos, maravillosamente distintos, en culturas, lenguas, criterios, visiones del mundo, sensibilidades, gustos.

La diferencia es puente, posibilidad, riqueza, condición para el encuentro. Sin embargo, hemos hecho de ella una bandera con la que nos cubrimos el rostro, una frontera y minamos el área aledaña para impedir el paso a los “extraños”, una consigna que nos ensordece e incapacita para escuchar otras voces y otros clamores.

Para convivir es fundamental el conocimiento, porque sólo amamos aquello que conocemos. Convivir es sin duda, el arte de conocernos, de acercarnos en gratuidad, de tejer la relación, de vivir en compañía.

Acogemos este momento histórico con la alegría de constatar que la Amazonía está en el corazón de la Iglesia. Ponemos la mirada en la Amazonía para contemplar su rostro, dejarnos conmover por Él y emprender nuevas rutas que hagan posible el cuidado de la ‘Casa Común’, la Ecología Integral.

La Amazonía, es bioma, organismo vivo con características propias, eminentemente ecosistémico, interconectado, interdependiente. Se nos exige entenderla desde sus dinanismos propios, desde su territorialidad, para cuidar, acompañar y defender su esencia, su flora, su fauna, su gente, su tejido de relaciones, su cultura.

Las personas y comunidades que habitan los pueblos amazónicos, con sus voces; con sus clamores, nos están ayudando a entender, cada vez más, que el bienestar integral humano pasa por acercarse a la realidad del otro. El lugar en el que estamos situados lo determina todo, el territorio nos da la óptica, lo que vemos, las sensibilidades que tenemos, los criterios desde los que nos ubicamos. Ver, escuchar, conocer, insertarse, inculturarse, participar... se constituyen en imperativos en este hoy de la Iglesia y de nuestros pueblos.

Uno de los llamados fundamentales que nos hace la Amazonía y los pueblos que la habitan, consiste en desentrañar esa rica biodiversidad y defender su armonía innata. Probablemente no tendremos un bienestar integral humano mientras no comprendamos esta dinámica correlacional. Como ha dicho el Papa Francisco, “todo está interconectado”.

La Amazonía es también potencial de espiritualidad. El contexto amazónico invita a la contemplación, a sumergirse en los misterios de la naturaleza y a situarse desde valores como el silencio, la gratuidad, la sencillez. Es rica en “Semillas del verbo”. Dios se manifiesta en el ambiente amazónico y en sus pueblos ancestrales. De ellos podemos aprender la comunión de las creaturas todas; el respeto; los límites del uso de los bienes de la naturaleza; los valores evangélicos presentes en estas realidades.

Vivir es convivir y convivir es el arte de trascendernos, de ser con los demás, de vivir en compañía. Todo ejercicio de sana convivencia requiere de consciencia y memoria.

- La consciencia como la posibilidad de “despertar”, contemplar los datos y los hechos de la historia con realismo, sin negaciones, ni escapismos. Sintiéndonos interlocutores y no meros espectadores pasivos.

Sólo la consciencia nos hace aptos para la compasión, capaces de “sentir con” y de “vivir para”. La consciencia nos da entrañas de misericordia y nos lanza a la solidaridad. Todo ejercicio de sana convivencia requiere de consciencia, pero también de memoria.

- La valoración de la diferencia, la verdad, la reparación, la reconciliación, la relación, exigen memoria.

La memoria, como el recurso que nos mantiene en estado de centinelas y hace posible conservar el vínculo con el origen, con el ancestro, con el amor primero, con la verdad primigenia y por qué no, con el dolor imborrable, con la escena con que marco la existencia y cambio el rumbo.

Es imposible vivir sin raíces, sin esa ancla a tierra, que nos devuelve al origen y nos permite recuperar la dignidad, recordar para qué estamos hechos y empeñarnos entonces, en la mesa común, en la participación, en el territorio sin fronteras y en, como lo dice el Evangelio: “la vida abundante y para todas/os”.

En este hoy de nuestra historia, la Amazonía, se constituye para el mundo en *consciencia y memoria*, que nos sitúa de cara a una verdad fundamental: *Somos diferentes, pero estamos conectadas/os, todas/os llamadas/os a convivir y a participar en condición de hermanas/os.*

El bienestar humano integral, solo será posible si no nos hacemos sordos a este grito que nos llega desde todas las fronteras de la tierra

y que la Amazonía nos lo recuerda en su melodía cotidiana, porque ella sí sabe danzar, relacionarse con la diversidad que la habita.

Muchas de las personas que han colaborado en la edición de esta Revista, llevan la Amazonía tatuada en su piel, la conocen, la han recorrido en condición de itinerancia, otros saben bien de la importancia del territorio en la configuración de la identidad y todas/os se reconocen urgidos en esta hora del Reino a *escuchar*, para hacer posible la sinodalidad.

Muchas gracias por sus narraciones vitales que tienen el sabor del discipulado y la profecía. Que la voz del Espíritu en este proceso Sinodal, nos lance más allá... siempre más allá.